



Buque escuela "Esmeralda".

“EL ALMA NACIONAL HA SURGIDO CON MAYOR BRIO ANTE EL PELIGRO...”

CONCEPTOS DEL ALMIRANTE JOSE T. MERINO EMITIDOS A BORDO DEL B. E. "ESMERALDA" EN IQUIQUE, EL 21 DE MAYO DE 1979. EL DISCURSO DICE ASI:



SEKIORES :
Los designios insondables de Dios nos permiten, en esta mañana solemne, abrir ante nuestros ojos y los de Chile entero, una página de nuestra historia que no ha sido igualada en 160 años de vida independiente.

Hoy, sobre la cubierta de este buque que inscribe en su proa el nombre glorioso de "Esmeralda", nuestro espíritu, cargado de toda suerte de emociones, sobrecogido desde la in-

mensidad del tiempo, lleno de gratitud y admiración, se remonta cien años – ¡un siglo! – para revivir el instante supremo de un sacrificio singular.

Bajo estas mismas aguas, que hoy bañan tierra chilena, permanece sumergido el más grande testimonio de heroísmo que en muchos años ha podido demostrar un pequeño grupo de hombres por causa de su ideal, de su deber y su bandera.

Aquí, a pocos metros de profundidad, azotada por el tiempo y el oleaje submarino,

yace desmantelada y rota la vieja y heroica capitana; ¡todo un templo que venerar! ¡todo un símbolo que honrar! ¡toda una senda que caminar!

No en vano el hombre a través de veinte siglos de historia ha inspirado su existencia y sus realizaciones en el testimonio y el ejemplo de otros hombres que le precedieron en el común anhelo de alcanzar la dicha, la plenitud y el conocimiento.

Así, apoyados los unos en los otros, el hoy en el ayer, ahora como entonces, se ha ido tejiendo la trama siempre inescrutable del devenir humano, sus luchas y zozobras, sus calamidades y miserias, sus alegrías y sus tristezas, sus pequeños triunfos y sus grandes progresos.

Toda nuestra vida republicana descansa sobre la herencia de tres siglos de maravilloso y paciente renunciamiento, iniciado al despuntar el alba –un 1o de noviembre– cuando Hernando de Magallanes entraba por la boca oriental del Estrecho, desplegando en el mesana las insignias de Castilla y Aragón, fundidas en comunión indisoluble con la Cruz de Santiago Apóstol. En sus ansias de conocer la magnitud del mundo, de navegar sus siete mares y de pisar nuevas tierras, coronó su aventura con el descubrimiento de Chile.

Desde aquellos años, semiperdido en la brumosa oscuridad del tiempo, mas de alguna vez injustamente ignorado por vanas y efímeras fascinaciones, ajenas a nuestra auténtica condición nacional, Chile ha conocido de la más cruel adversidad y en ella ha forjado su temple indómito, su impronta altiva, su vocación heroica. Sobre roca firme, sobre cimientos endurecidos por un carácter singular, enteramente diferente al de otros pueblos nacidos bajo el mismo alero hispano. Chile ha edificado su propia historia con paciente sacrificio y generosa dedicación.

¡Valdivia, Lautaro, Caupolicán, O'Higgins, Portales, Prat! Hombres ilustres que de su presencia distante, sustentan nuestros afanes, estimulan nuestras obras y revitalizan nuestras fuerzas.

Todos ellos, los de ayer y de siempre, y todos nosotros que por la misericordia de Dios hacemos posible el hoy, hemos sido convocados a esta rada de Iquique, para testimoniar nuestra indestructible unidad histórica y hacer vivo y verdadero el compromiso de sangre que adquirió la Patria en una mañana como ésta, hace de aquello un siglo

Un compromiso al que ningún chileno podría sustraerse, ni dejar de hacerlo palpitante realidad en su corazón de patriota; un compromiso que nació en estas aguas, cuando el sol cruzó el meridiano y rezando el responso de los muertos, abrió las puertas de la gloria a Prat y su "Esmeralda"; un compromiso que, llamados a definirlo, ciertamente podríamos señalarlo como una exhortación dramática a la fidelidad.

La fidelidad, señores, que otorga verdadero sentido a nuestro peregrinar terreno y que, ausente, transforma en cambio nuestro camino en un mero deambular sin rumbo desconocido, sin esperanzas ni expectativas de perpetuarse en nuevos signos de fecundidad. La fidelidad aun ejemplo de renunciamiento extremo, que ha impreso un estilo y señalado un derrotero preciso e insoslayable, más allá de su tiempo, de su ámbito geográfico y de su generación.

Un gesto heroico de unos cuantos hombres aislados en un frágil madero, que en un 21 de mayo se encumbraron a la inmortalidad del espíritu, y nos dejaron un testimonio del más conmovedor desprendimiento, a la vez que el imperativo de prolongar su esfuerzo a través de los tiempos, para hacer de nuestros marinos de hoy, dignos hijos de Prat, Serrano, Riquelme, Hyatt y Aldea.

En esa fidelidad irrenunciable, hemos hallado la necesaria inspiración para nuestra actividad institucional; en ella también descansa nuestra pesada carga gubernativa, tarea que no podría jamás dejar de ser sino un permanente y aplicado redescubrimiento de nuestros más íntimos y profundos rasgos de autenticidad e individualidad nacionales: coraje, altivez y nobleza. Mucho más que tres palabras, constituyen la herencia de nuestra estirpe hispánico-araucana, a cuyo legado Arturo Prat y sus hombres supieron ser fieles hasta las últimas consecuencias.

La vida nos ha enseñado a sortear todo tipo de dificultades y cuanto más grande ha sido el peligro en cerner, con mayores bríos ha surgido el alma nacional para reinstaurar el imperio del honor y de la fe en Chile y su destino.

A cien años de Iquique, enfrentados hoy al desafío de dar a la patria un nuevo rostro y una nueva vida institucional, el recuerdo de nuestros héroes del mar nos compromete en una lucha sin vacilaciones, destinada a lograr esos objetivos de bien público, que en un 11 de septiembre juramos solemnemente conquistar

cualquiera fuese el sacrificio que para nosotros representara.

En ese camino, hoy como ayer, Chile y su Gobierno sabrán perseverar con decisión irrevocable, superando presiones y amenazas de cualquier origen y naturaleza, ciertos de interpretar el sentir de una inmensa mayoría ciudadana que, con todo derecho, aspira a vivir en paz, orden y progreso.

Fieles, pues, al mandato de nuestros héroes. Chile se proyecta creadoramente y con el dinamismo siempre original de un pueblo joven, desbordando a quienes, incapaces de vislumbrar nuevos horizontes, sólo añoran con nostalgia el restablecimiento de fórmulas cuyo agotamiento y fracaso quedó suficientemente demostrado, lo que parecieran no advertir o haber olvidado, pese a que una amarga experiencia reciente lo demostrara, con toda la crudeza de la peor tragedia de nuestra historia cívica:

Señores: Con honda emoción, a pocos pasos de la vieja “Esmeralda” sumergida, se eleva a los cielos nuestra oración silenciosa y profunda. En ella va envuelto nuestro intenso amor a Chile, nuestro anhelo ferviente de verlo levantarse por sobre todo obstáculo, y ocupar el lugar de privilegio con el que Prat y sus hombres soñaron en el instante final del sacrificio. Porque esos chilenos supieron ser fieles al desafío de una bandera jamás arriada; porque demostraron con su propio testimonio que el servicio a un ideal justifica y a veces exige la inmolación de la propia vida; porque, en fin, la adversidad no fue para ellos causa de temor, sino de estímulo; la patria fue inflamada por el fervor generoso y valiente que nos condujera entonces una vez más a la victoria final. Testigo de esta hazaña fue el caballeroso almirante Grau, que dando cabal muestra de hidalguía, tuvo elocuentes gestos de reconocimiento para los marinos caídos tan gloriosamente.

Durante un siglo esta fecha ha conmovido el alma nacional, y por eso es que en esta

mañana nos hemos reunido aquí en emocionada comunión de espíritu con ellos y con cada uno de nuestros compatriotas de hoy, sintiendo vibrar nuestros corazones al unísono— de Arica a la Antártica— al recordar cómo el triunfo depende más bien del temple moral que de la fuerza material, y cómo la chilenidad se ha forjado siempre en la fragua del heroísmo, el deber y la lucha por causas nobles y espirituales.

¡Y se hundió la vieja “Esmeralda” — aquí— hace exactamente cien años! Desde las profundidades del mar emergió entonces un llamado que perdura hasta nuestros días; un llamado a no rendirse jamás, a fortalecer el interior del propio espíritu para saber afrontar los desafíos exteriores, a engendrar cada día el porvenir con el vigor que dan la fe en Dios y la conciencia de que Chile no termina. ¡Y se hundió la vieja “Esmeralda” !

Y mientras las azules aguas del mar de Iquique cubrían sus despojos humeantes, sólo el pabellón patrio permanecía afuera, asomado a la vida que no termina. Una bandera gloriosa, que como un noble sudario, estaba destinada a cubrir los cuerpos de los héroes; de aquellos valientes que no pudiendo vencer, prefirieron morir antes que rendirse. Ellos, como Cristo el Señor, supieron beber el cáliz que no se aparta sino por voluntad del Padre, y enfrentaron la muerte despreciando la victoria, porque les bastaba con la gloria. Su muerte, ejemplo sin igual de generosidad extrema, es para nosotros un llamado que emerge, en este momento, con todo su significado y su actualidad.

A él respondemos agradecidos y reverentes, con admiración y esperanza, viendo levantarse las figuras de nuestros héroes -desde la tranquilidad de su reposo— para unir sus voces a la de todos los chilenos, y juntos, en comunión definitiva, gritar al mundo el más vibrante y solemne ¡Viva Chile! ”

